

HABLA UN REMERO DE SU DESPACHO PROFESIONAL

Por Felipe XIMENEZ de SANDOVAL

HASTA hace muy pocos meses no he tenido la fortuna de conocer a Rodrigo García Conde, uno de los remeros de su despacho profesional, a quien recordaría José Antonio como verdadero y agraciado amigo en la carta de despedida a los que califican de «pacientes compañeros de trabajo» en el hermoso inventario de sentimientos establecido muy pocas horas antes de su marcha al suplicio. Rodrigo García Conde, hoy abogado en ejercicio y oficial mayor del Ministerio de Educación Nacional, es un hombre modesto y afable que nunca ha querido alardear del afecto que José Antonio sintió por él, correspondido plenamente en fusión con un gran respeto y una admiración profunda. Le bastan sus recuerdos, recogidos en un cuaderno autógrafa, en el que, por cierto, traza un magistral retrato de don José, como le llamó siempre, hasta que en el Madrid martirizado por el marxismo empezó a percibir la inmortalidad adquirida por el nombre que daban a su jefe los falangistas. Por una vez, Rodrigo García Conde ha roto su silencio, accediendo a hablarme de su relación profesional con quien supo inculcarle el amor al noble oficio de la abogacía, en el que hoy es consumado maestro. Para hacerle quebrantar ese largo y hondo silencio ha sido menester la llegada de esta fecha conmemorativa del XXV aniversario de la tragedia de Alicante, en la que parecen florecer plantales de siempre vivas en las memorias de cuantos le conocieron.

—Conocí a José Antonio a finales de junio de 1932. Recién licenciado en Derecho en la Universidad Central, no tenía edad de solicitar mi cita para el ejercicio de la profesión en el Colegio de Abogados, y como todos los llamados licenciados, necesitaba pasar de la teoría jurídica aprendida en las aulas a su aplicación práctica en la vida, que sólo puede adquirirse al lado de un letrado inteligente, honesto y diestro. Me presenté a mi maestro de la Universidad, don Joaquín Garrigués, pidiéndole que me recomendase a algún amigo suyo, a fin de ser admitido como pasante en un buen bufete. Garrigués sonrió y me contestó textualmente: «Voy a hacerle a uno de nuestros mejores abogados jóvenes, con quien podrá usted aprender mucho, pues siempre pone un cuidado escrupuloso en cuantos asuntos se le confían.» No me dijo el nombre, sino que se limitó a marcar un número de teléfono. Preguntó por don José, y cuando su interlocutor estuvo al habla, le explicó mi deseo y le pidió que me admitiera en su despacho. Cuando colgó, me dijo: «Es José Antonio Primo de Rivera. Ha dicho que vaya usted en seguida. Tiene el despacho en Alcalá Galiano, 8.» Fue lo que se dice volando. El despacho estaba aún a medio instalar. José Antonio me recibió inmediatamente, con una gran cordialidad y sencillez, que pronto comprendí eran innatas y habituales en él. Sus primeras palabras me emocionaron y me ganaron para siempre: «¿Es usted el «compañero» que quería verme...?» ¡Me llamaba compañero, y en efecto, podíamos serlo por la edad, pues sólo me llevaba nueve años! Pero él ya era un abogado de cuerpo entero, que añadía un nuevo lustre personal a su lustre apellidado, y yo tenía fresca todavía la tinta de la calificación en mi última papeleta de examen... Hablamos un rato de lo poco que, según él, podía yo aprender a su lado, y convinimos, puesto que el verano se acercaba y la actividad judicial se reducía mucho por las vacaciones, en que empezara mi aprendizaje en octubre. Cuando me presenté a él después del verano acababa de salir de la cárcel, a la que le llevaron por su supuesta participación en los sucesos del 10 de agosto. Recuerdo que acudí a trabajar el 3 de octubre de 1932, lunes, me parece. Me recibió el primer pasante, Rafael Garcerán, quien me hizo sentar en una mesa frente a Manuel Sarrión.

(Tanto de Garcerán como del fidelísimo e inteligente Manolo Sarrión y del secretario particular, Andrés de la Cuerda, tiene también acertadísimas semblanzas en su cuaderno Rodrigo García Conde.)

—Sarrión —continúa— era el único que en el despacho tuteaba a José Antonio y no le llamaba don José. Según creo, habían sido condiscípulos. José Antonio no tardó en aparecer y reunió a todos los pasantes para darles instrucciones y explicar al recién llegado el mecanismo del trabajo diario. Pasé un año justo en el despacho. Al principio no hice sino aprender una serie de cosas prácticas, de detalles imposibles de hallar en los libros y sólo asimilables por la observación y la práctica. Cuando llevaba unos cuantos días, Garcerán me transmitió un encargo de José Antonio: redactar un breve escrito de trámite, sin duda con la intención de ponerme a prueba. Cuando se lo presenté a José Antonio lo leyó con atención y lo fue corrigiendo (casi podría decir que lo hizo nuevo), sin decir otra cosa sino que todo estaba muy bien, aunque por ésta o la otra razón era preciso suprimir aquí y añadir allí. Razones indiscutibles de aquella sabiduría jurídica y habilidad forense, resplandecientes siempre en la redacción de sus escritos, impecables de lógica y arquitectura. Como me había dicho Joaquín Garrigués, cuidaba incluso los detalles más insignificantes...

Poco a poco, el pasante bisoño se fue fogueando al recibir encargos de mayor importancia cada vez. El

primer escrito grande redactado por él fue uno de conclusiones en un asunto de mayor cuantía. El cliente era persona amiga de José Antonio, quien llevaba el litigio con vivísimo interés, aun cuando no hubiera de cobrar. José Antonio, en una reunión previa —como hacía en todos los pliegos— con sus pasantes, les explicó las conclusiones a que había llegado y los fundamentos de derecho encontrados en las leyes. Los ojos de García Conde brillan de satisfacción al contarme que consiguió añadir de su cosecha alguna nueva conclusión y algún fundamento de derecho más, recibiendo por ello una efusiva felicitación de José Antonio.

Dentro del gran respeto a don José, en el despacho se respiraba el mismo ambiente de alegre camaradería e identificación en una tarea común que los falangistas conocimos más tarde en Riscal, Santo Domingo y Nicasio Gallego. Sólo que en las fechas en que mi amable informador trabajaba a su lado no se hablaba para nada de política. Con una excepción, en el momento considerado por García Conde como el más intenso y emocionante de su estancia en el bufete de José Antonio: la preparación de la defensa del ex ministro de la Dictadura don Galo Ponte. Claro está que García Conde abandonó el despacho en vísperas de nacer la Falange, precisamente en octubre del 33, fecha en que empezó unas oposiciones ligadas luego con su servicio militar. Cuando terminó éste, se incorporó en 7 de noviembre de 1934 al Colegio de Abogados y abrió su propio bufete, iniciando también su preparación para el Cuerpo de Abogados del Estado. Aun cuando ya no era pasante titular, iba al despacho muchas veces para visitar o ayudar a sus compañeros.

Durante el tiempo que estuvo adscrito al bufete acompañó a José Antonio cuantas veces acudía a estrados para informar. Cuando el asunto era importante iban todos los pasantes. García Conde comenzó con admiración los guiones minuciosamente preparados que llevaba, en los cuales iba en esquema toda la oración forense, desarrollada luego con magistral elegancia y precisión. Como en sus discursos políticos, empezaba siempre sus informes en tono menor, confidencial, casi infantil, que iba ganando en fuerza, en acento, en expresión, en sabiduría, hasta encadenar la atención de sus oyentes. Entre las numerosas actuaciones de José Antonio en el Foro no ha podido olvidar dos en la Audiencia Territorial. En una, el letrado de la parte contraria era don Melquíades Álvarez, y el duelo oratorio y jurídico fue de singular altura. En la otra, los dos abogados informaron con tal acopio de ciencia, de jurisprudencia y de destreza dialéctica, que se produjo el caso poco frecuente de «discordia en Sala», es decir, no se logró entre los magistrados la mayoría suficiente para dictar sentencia, siendo necesario constituir de nuevo y aumentada la Sala para dirimir la discordia, informando por segunda vez ambos letrados.

Pero no todo era absoluta seriedad en aquel grupo de jóvenes profesionales. García Conde me cuenta que el día en que se terminó la instalación del despacho, José Antonio invitó a sus colaboradores a un cóctel, hecho por él mismo, a base de escumosos, coñac, zumo de limón y hielo. Asimismo, cuando estrenó el famoso Chevrolet —el «Rocinante» sobre el que recorrería los caminos de España, soñando librería de encantadores y malandrines— se los llevó a todos a dar un paseo y tomar unas copas en las afueras de Madrid.

Como en la carta de adiós a sus remeros más o menos asiduos José Antonio les pide mil veces mil perdones por lo muchísimo que os he dado que aguantare —en otras habla de alas espinas de su carácter, de sus «hinchorrierías» y de sus «coleras bíblicas»—, pregunto a García Conde si recuerda alguna de ellas.

—Con nosotros, no. Siempre nos corregía con suavidad, aleccionándonos con sus correcciones... En cambio, si tuvo algunas de esas coleras con ciertos visitantes que pretendían encomendarle asuntos contrarios a la exquisita deontología que presidía su vida profesional. También me acuerdo de una totalmente ajena a la marcha del despacho. Con razón, o tal vez por exceso de suspicacia, creyó ver una intención molesta en cierta factura —creo que de luz— que le presentaron al cobro a nombre de «José Antonio Primo». Como en aquella época los enemigos de su padre, al hablar despectivamente del general, cortaban su apellido, José Antonio —mezclando hábilmente violencia e ironía— hizo una estupenda defensa de la integridad de su glorioso apellido.

Muchos más recuerdos de José Antonio se agolpan en la memoria y el corazón de Rodrigo García Conde. Pero es a él a quien corresponde escribirlos con la emoción auténtica que ha puesto al referirlos, no mayor que la mía al escuchárselos y tomar estas breves notas, que quizá no contribuyan al afán de algunos de envolver en aséptico celofán a José Antonio. Aunque sí —estoy seguro— gustarán a quienes quieren seguir cerca de él no a través de interpretaciones de abstracta pedantería, sino mediante imágenes vivas de su espléndida humanidad.



José Antonio, abogado